

ZEGARRA FLORES, Margarita (comp.). *Mujeres y género en la historia del Perú*. Lima: Cendoc Mujer, 1999, 487 pp.

Los veintisiete artículos que componen este libro son el resultado del congreso que sobre el mismo tema tuvo lugar en Lima en 1996. Asimismo, este texto representa un aporte importante a la historiografía peruana por varias razones. La primera, porque analiza una problemática poco estudiada: la del género y la historia de las mujeres. La segunda, porque lo hace desde una perspectiva interdisciplinaria, ya que en el libro la crítica literaria, la antropología y la sociología complementan el análisis histórico, tal y como es el caso de los trabajos de Carla Sagástegui, Graciela Batticuore, Arturo Granados y Martín Santos. En tercer lugar, por incluir una perspectiva regional, como la de los artículos de Natalia González e Isabelle Tauzin-Castellanos sobre Huamanga y Arequipa, respectivamente. Finalmente, es importante señalar que los artículos de la sección denominada "Otros Espacios" abordan temas relacionados con diversas regiones de Latinoamérica, como Chile (a cargo de Luis Miguel Glave) y Nueva España (Rocío Castro). Esto último es muy importante, pues intenta de alguna manera romper con el clásico parroquialismo que caracteriza a la historiografía peruana. Sin embargo, cabe resaltar que si no entendemos "género" como las diferencias sexuales entre hombres y mujeres, sino como la experiencia cultural que determina lo que es femenino y lo que es masculino en una sociedad determinada, muy pocos de los artículos cumplen con este propósito. La mayoría de ellos se concentra en hacer, ya sea desde una perspectiva feminista o no, una clásica historia de las mujeres, lo cual no desmerece de ninguna manera estos artículos, sobretodo si se tiene en cuenta el enorme vacío de la historiografía peruana al respecto.

Los artículos de Nancy van Deusen, Martín Santos y Emma Mannarelli son —a mi criterio— los que mejor utilizan el "género" como una categoría para analizar las diferencias entre los seres humanos femeninos y masculinos, creadas a través del

desarrollo psicológico y social dentro de un contexto familiar, cultural, racial y de clase. Naturalmente, estos tres autores resaltan que la construcción de estas diferencias siempre implica una lucha de poder, por lo que serán objeto de un análisis más detallado.

En "Determinando los límites de la virtud: el discurso en torno al recogimiento entre las mujeres de Lima durante el siglo XVII", Nancy van Deusen analiza los diversos usos que el término "recogimiento" tuvo entre las mujeres de las distintas etnias y clases que componían la sociedad limeña durante la época de los Habsburgo. Lo que ella intenta demostrar es que las mujeres tenían sus propios sentidos de autopreservación y de moralidad, y que sus interpretaciones de los conceptos de "pudor" y de "recogimiento" no se limitaron únicamente a las interpretaciones y supuestos patriarcales de sus esposos, que buscaban controlar la sexualidad y la conducta de sus cónyuges. Además, las mujeres —según la autora— adoptaron el concepto de "recogimiento" como parte integral de sus identidades públicas, privadas, familiares y personales.

Uno de los puntos clave del análisis de Van Deusen es que señala que las mujeres coloniales utilizaron los calificativos de "honrada" y "recogida" para definirse a sí mismas como personas económicamente productivas, quebrando así los estereotipos "masculinos" que definían a las mujeres como seres sexuales y reproductivos. Éste es quizás el punto más interesante en la argumentación de la autora: el estudio de la relación que las mujeres coloniales establecen entre su propio trabajo y sus ideas acerca del significado del término "recogimiento". Esta idea rompe con la tradicional visión del convento y del hogar como los principales espacios de socialización de las mujeres coloniales. Nancy van Deusen señala que era muy posible que una mujer de elite administrara una propiedad rural o urbana junto con su propia tienda y que, además, cosiera y bordara. Por su parte, las mujeres de clases sociales más bajas —subraya la autora— podían administrar almacenes, tabernas y panaderías o vender sus mercancías en las calles y/o ayudar a sus esposos en sus oficios.

Otro de los puntos importantes de este artículo es que se cruza el análisis de género con otras variables importantes, como las de raza y clase. Por ello, Nancy van Deusen nos advierte que la cantidad y el tipo de trabajo desempeñado por las mujeres limeñas dependía de lo que ellas consideraran como aceptable dentro de sus percepciones preconcebidas de su posición racial, cultural y económica dentro de la sociedad colonial.

Encontrar las razones por las cuales las concepciones de masculinidad y femineidad, elaboradas por las propias mujeres, tienden a reforzar los discursos de dominación masculina en el Perú contemporáneo es el tema del artículo de Martín Santos, "Socialización y relaciones de género. Lenguaje y poder en las vidas de chicas de un barrio popular de Lima". A través de un interesante trabajo de campo, Martín Santos nos demuestra que las jóvenes de sectores populares participan activamente en la creación de las categorías para designar roles de género en la sociedad limeña. Santos subraya que el actuar de las chicas entrevistadas es extremadamente dinámico. Así, las categorías de "sana" y "ruca" son estudiadas desde una perspectiva móvil. Este sistema de clasificación limita el accionar de las jóvenes y puede incluso —y, de hecho, en ocasiones lo hace— deteriorar su identidad y abrir heridas en su mundo interior. Sin embargo, las categorías no son estáticas y —como en el caso de la idea de recogimiento en el siglo XVII— las jóvenes también pueden usarlas en su favor contra otras "chicas" o para limitar la acción de sus compañeros masculinos. Ellas, las "chicas", negocian, controlan y utilizan los recursos que tienen a su favor en función de sus intereses. Lo que no implica que no haya sufrimientos y hasta padecimientos en sus vidas. El trabajo de Santos es un excelente estudio en torno a las estrategias de las jóvenes de clases populares en el uso de las categorías de género, pero que finalmente reafirman la dominación masculina.

Precisamente, el estudio del cuerpo como recipiente y objeto de una permanente redefinición de los discursos de poder (tanto públicos como privados) es el tema que aborda el artículo de

Emma Mannarelli, "Sexualidad y cuerpo femenino. Nuevos discursos y transformaciones sociales en Lima a fines del siglo XIX y principios del XX". La autora, siguiendo un marco de análisis basado en las propuestas de Foucault, concentra su interés en el estudio del discurso médico. El aporte de Mannarelli es que, a diferencia de los autores anteriores, ella liga el análisis de los discursos de género con los proyectos políticos. Por lo tanto, su investigación se encuentra en la intersección de los estudios de género y de ciudadanía.

A fines del siglo XIX y principios del XX, se producen cambios económicos y políticos en el país. Formará parte de estos cambios la creciente participación de los médicos en el aparato estatal. Su presencia en la burocracia tendía a despatrimonializar el estado. De acuerdo con la autora, tanto esa ocupación de cargos públicos como la articulación de un discurso sobre la salud —que cada vez se hace más social— le plantean al estado peruano una serie de obligaciones que antes no aparecían como tales. Como parte de sus nuevas funciones, el cuerpo médico limeño elaborará un discurso masculino normativo que incidirá en las funciones de las mujeres con respecto de la salud de la nación. Se trata, como dice Emma Mannarelli, de una nueva moral laica. Pero este proyecto de una moral laica relacionada con el control de la sexualidad femenina —con énfasis en su papel reproductivo— no es patrimonio del 900. Es un proceso que empieza a fines del siglo XVIII, como bien lo demuestra Claudia Rosas en su artículo "Jaqué a la Dama. La imagen de la mujer en la prensa limeña a fines del siglo XVIII". Los artículos de Mannarelli y de Rosas deben leerse en un constante diálogo para poder apreciar los cambios y permanencias en el discurso masculino sobre la mujer producido por los intelectuales limeños.

Si bien es cierto que, a diferencia de los autores anteriores, Mannarelli no trabaja de manera extensa la posición de las mujeres frente a este discurso, nos da suficientes pistas —teniendo en cuenta que se trata de un artículo introductorio a una investigación mayor— sobre las reacciones de las mujeres; por ejemplo, cuando contrasta los discursos sobre la maternidad y el

miedo de las mujeres de sectores populares y de elite ante la experiencia del parto. Sin embargo, a mi entender el artículo debería desarrollar tres puntos más que son fundamentales. El primero tiene que ver con las políticas raciales, pues para los médicos de entonces no todos los ciudadanos son iguales ni igualmente valiosos. Consecuentemente, sus políticas de salud estuvieron destinadas a controlar a las poblaciones peligrosas (léase negros y/o mulatos, chinos y cholos). El discurso de género en este caso es inseparable del racial, más aún cuando las políticas de salud estuvieron basadas en la eugenesia. En segundo lugar, el artículo de Mannarelli soslaya un aspecto importante: los efectos que la intromisión de los médicos en la vida privada de las mujeres puede haber tenido sobre las concepciones de masculinidad de sus esposos —especialmente cuando estos pertenecían a sectores raciales y sociales diferentes al de los doctores—. Finalmente, el discurso que Mannarelli analiza no es patrimonio de los médicos peruanos ni latinoamericanos. Es parte de un proceso común en el llamado “mundo occidental”, por lo que sería importante relacionar el proceso peruano con lo que pasaba —al menos— en otras partes de Latinoamérica. El ya clásico libro de Nancy L. Stepan, *The Hour of Eugenics. Race, Gender and Nation in Latin America* (Ithaca: Cornell University Press, 1991) es un ejemplo de la aparición de este discurso médico en Latinoamérica y de las discusiones de los doctores latinoamericanos con sus pares estadounidenses.

Los artículos comentados muestran que las concepciones de género son móviles y dinámicas y que, por tanto, se crean y recrean a partir de la participación activa de los actores sociales envueltos en el proceso. Pero también nos advierten que las experiencias de género están relacionadas con las jerarquías sociales; por lo que, creo, es válido concluir que el uso de “mujer” como categoría de análisis es problemático, pues ni las mujeres ni los hombres son iguales en ninguna sociedad y estas diferencias —ya sean económicas, raciales o de *status*— afectan sus concepciones de género y su visión del mundo. No se trata de volver al determinismo económico de los '70, pero sí de establecer un diálogo fluido entre el análisis de las concep-

ciones culturales y las formas en que las sociedades se organizan. El estudio de las concepciones de género es precisamente uno de los elementos que nos pueden permitir establecer este diálogo.

Martín Monsalve
State University of New York